

## 5

# Comunión por la confesión

---

*La confesión de las obras malas es el primer camino de las obras buenas.*

Agustín de Hipona

*Mientras guardé silencio, mis huesos se fueron consumiendo por mi gemir de todo el día. Mi fuerza se fue debilitando como al calor del verano, porque día y noche tu mano pesaba sobre mí. Pero te confesé mi pecado, y no te oculté mi maldad. Me dije: «Voy a confesar mis transgresiones al Señor», y tú perdonaste mi maldad y mi pecado.*

Salmos 32:3-5

La relación entre salud emocional y pecados no confesados es más profunda de lo que imaginamos. El rey David expresa esta realidad de manera dramática en sus dos salmos confesionales (32 y 51), los cuales son un testimonio personal sobre las consecuencias del pecado en su vida emocional, espiritual y física. En ellos afirma que, mientras mantuvo en silencio su

alma, guardando su pecado como un secreto inviolable, envejeció, se convirtió en un hombre cansado, movido por los gemidos que traía su pasado a la memoria. Tristeza, inseguridad, apatía y miedo son algunos de los síntomas que él describe como consecuencia no sólo de sus pecados sino de su silencio.

Crecemos en un mundo en el cual, desde muy temprano, aprendemos a representar, a hacer aquello que otros esperan de nosotros. Como recompensa, recibimos aprobación y aceptación. En verdad, todo lo que esperamos en este mundo es aprobación y aceptación, y para conseguir esto estamos dispuestos a representar cualquier papel que nos traiga tales beneficios. Nos engañamos e ilusionamos, y creamos un mundo irreal en cual la gran víctima somos nosotros mismos.

Nuestra tendencia a ocultar la verdad y preservar la falsedad tiene desarrollos espirituales y emocionales que afectan todos los niveles de nuestras relaciones. Nuestra percepción del mundo, de la realidad, de los demás, de nosotros mismos y de Dios se ve comprometida por la ilusión que el pecado produce. Construimos un mundo falso, desarrollamos máscaras y fantasías que ocultan la verdad, nuestras relaciones se tornan frágiles, egoístas y superficiales, y la fe se transforma en un subproducto del miedo y de la inseguridad.

El mundo moderno ha proporcionado diversos mecanismos que protegen al ser humano de sí mismo y alimentan sus ilusiones. Entre todos, tal vez el individualismo sea el más poderoso, pues, para muchos, es el único camino de libertad y realización personal. La búsqueda de realización a partir de las conquistas individuales y profesionales llevó al ser humano a romper con su naturaleza relacional, que heredó del Dios trino, al ser creado a su imagen y semejanza. La naturaleza del Dios

bíblico es, esencialmente, relacional. El Dios cristiano y bíblico es Padre, Hijo y Espíritu Santo en una eterna y perfecta relación de amor, amistad y entrega, en la cual la realización de cada uno se da en la comunión y amistad con los demás. En este sentido, el individualismo es la característica humana que más aproxima al ser humano al pecado original, en tanto lo lleva a buscar su identidad y realización en la profesión y no en la relación. En el pecado original, el ser humano optó por el poder y no por el amor. Quiso ser «como Dios», sin aceptar su condición de criatura. Fue engañado por la serpiente en la esperanza de ser aquello que no era. Solamente a través de la confesión encontramos el camino de retorno, el redescubrimiento del sentido de persona creada a la imagen de Dios y deformada por el pecado.

Por otro lado, la conciencia del pecado, a partir de una óptica individualista, redujo el concepto de pecado y sus implicaciones para el alma humana, hizo del mismo un principio sujeto a las manipulaciones religiosas o teológicas, y lo transformó en un concepto abstracto, a medida que el individuo evolucionaba en sus conquistas sociales y profesionales. Permanentemente reformulamos nuestros conceptos a fin de ajustarlos a los frecuentes cambios que enfrentamos. En cierta forma, tengo la impresión de que este reduccionismo en el concepto de pecado, provocado por una visión individualista, nos lleva a buscar los límites de la convivencia humana con el pecado. ¿Hasta dónde puedo ir sin pecar?

Las implicaciones emocionales, espirituales y físicas en los relatos de David demuestran, de manera dramática, que el pecado no es sólo un concepto teológico que necesita ser definido bíblicamente, para que el cristiano conozca los límites de sus acciones, sino una realidad que envuelve al alma humana, deforma el carácter y compromete la libertad y las

relaciones del ser humano con Dios, consigo mismo y con su prójimo. El pecado, como veremos, no debe entenderse como límites morales y de comportamiento que nos imponemos a nosotros mismos y a los demás, sino como una deformación de la imagen y semejanza divina, compartida con el ser humano en el acto de la creación.

La confesión es el acto de desnudar el alma y el corazón delante de Dios y de los seres humanos, revelando su verdadero carácter, buscando rescatar nuestra verdadera identidad, pro-moviendo la libertad y el camino de la comunión. A través de la confesión, rompemos con nuestro individualismo y nos volvemos aptos para amar y relacionarnos como personas, sin las máscaras y las fantasías de nuestras ilusiones. San Agustín, en sus *Confesiones*, afirmó que conocer a Dios implica también el conocimiento de nosotros mismos:

¿Es que puede haber, Señor, cosa alguna oculta en mí — por más que yo la quiera encubrir y no confesártela—, estando tan patente a tus ojos el abismo de la conciencia del hombre? En cualquier caso, sólo haría apartarte a ti de mi vista, no a mí de la tuya. Pero, ahora que mis gemidos son testigo del descontento que tengo de mí mismo, tú resplandesces y me agradas. Te quiero y te deseo hasta sentir vergüenza de mí mismo y desecharme y elegirte a ti de modo que no me agrade ni a mí ni a ti sino por ti.<sup>1</sup>

Si el lugar de habitación de Dios es el alma humana, es allí donde debemos buscarlo. Al encontrarlo, nos encontraremos también a nosotros mismos. Rechazar la confesión es, según Agustín, ocultar a Dios de nuestros ojos, para que el brillo de su faz no ilumine la verdad sobre nuestro carácter.

---

<sup>1</sup> San Agustín, *Confesiones*, Altaya, Barcelona, 1993, p. 260.

## Comprender la naturaleza del pecado

### Pecados y pecado

En primer lugar, necesitamos abordar el asunto del pecado. Con el desarrollo científico y tecnológico —los avances en el campo de la medicina, de la informática, de los medios de comunicación y de las conquistas sociales—, el hombre moderno construyó una conciencia de la bondad inherente al ser humano. Somos buenos porque hacemos cosas buenas y deseamos el bien de la humanidad. Cuando no le suena como un absurdo o como una agresión a la dignidad intrínseca del ser humano, el ser humano moderno concibe el concepto de pecado sólo como un tropiezo o una actitud insana. De ahí viene su dificultad para confesar. ¿Confesar qué? ¿Cuál es, al final y al cabo, el significado de «pecado» en la cultura moderna?

Felizmente consciente de su naturaleza pecaminosa, ningún cristiano que reconoce la Biblia como Palabra reveladora de Dios la niega. La confesión, para el cristiano moderno, se refiere casi siempre a nuestros actos, palabras y pensamientos que juzgamos ofensivos para Dios. Cometemos pecado cuando hacemos, pensamos o hablamos algo que sabemos es lo contrario a la voluntad de Dios expresada en su Palabra y que compromete nuestra comunión con él. Confesamos también actos, palabras y pensamientos que cometemos, muchas veces inconscientemente, contra Dios.

Sin embargo, si se toma en cuenta sólo este aspecto de la noción de pecado, limitamos enormemente nuestra confesión. Ni siquiera los cristianos más devotos y temerosos de Dios tienen plena conciencia de su pecado. «Nuestro corazón es

engañoso», nuestros pensamientos son distintos de los pensamientos de Dios. Nuestra percepción de la realidad es limitada por nuestra finitud. ¿Cuántas faltas cometemos sin el menor conocimiento de la injusticia practicada y sin el menor discernimiento de la voluntad de Dios? ¿Cuántos valores absorbemos como si fuesen normales, y los heredamos sin ninguna restricción, cuando en verdad son fruto de una cultura impregnada por el pecado y la rebeldía contra Dios?

Es necesario considerar el pecado no sólo como un acto ejecutado contra Dios y su santidad, sino como una realidad intrínseca de la condición humana. Somos pecadores. No sólo cometemos pecados, sino que somos pecadores. El pecado no es únicamente aquello que hago o digo, sino la realidad más secreta de mi ser, la motivación que mueve mis ambiciones, las deformaciones de mi carácter, construidas a lo largo de mi existencia. Entonces, ¿cuáles son las implicaciones pastorales de esta conciencia? ¿Cuál es la diferencia entre confesar solamente aquello que hacemos o dejamos de hacer y confesar aquello que somos?

### **El pecado como vicio**

Cuando dejó el cautiverio egipcio, el pueblo hebreo tuvo que encarar una realidad tal vez más terrible que el cautiverio en sí: la naturaleza de su propio corazón. Después de cuatrocientos treinta años de cautiverio, los israelitas adquirieron una naturaleza de esclavos. Durante esos años, sus valores, hábitos y parte de su cultura fueron transformados por la cultura y los valores dominantes, los cuales fueron incorporados así a la rutina de su vida diaria. Aquellos que salieron de Egipto eran descendientes de esclavos. Sus padres, abuelos, bisabuelos y tatarabuelos no habían experimentado nunca la libertad. Aunque ésta era deseada y buscada, estaba desprovista de cualquier

referencia concreta. Ellos absorbieron la naturaleza de esclavos con todos sus valores y vicios.

La salvación fue, en efecto, conquistada, pero el pueblo llevó consigo los vicios de la esclavitud. El pecado es esto: vicio. El recuerdo de la comida, de los pepinos, de los melones, de los ajos silvestres, de la carne, del agua y de la «seguridad» que disfrutaban sus hijos y esposas provocaba constantes murmuraciones y un fuerte deseo de regresar a la saciedad y protección del cautiverio. La salvación sólo sería plena y cabal cuando los fantasmas del pasado fuesen exorcizados de la mente y del recuerdo, dando lugar a un nuevo corazón y a una nueva vida propuestos por Dios.

En la experiencia del pueblo hebreo, el pecado fue mucho más una cuestión del corazón que de actos o palabras. Todos los vicios que hacían de los israelitas lo que eran se manifestaron en el desierto de tal manera que ellos fueron confrontados con la dura realidad de su propio carácter. Su gran pecado no fue sólo el becerro de oro sino la incredulidad y la idolatría. El becerro de oro fue sólo la representación concreta de los vicios adquiridos en el cautiverio. Las murmuraciones constantes revelaban un corazón rebelde, escondido detrás de los problemas diarios e incapaz de creer en la providencia y la soberanía divinas. De toda aquella generación que dejó Egipto, únicamente Josué y Caleb entraron en la «tierra de la promesa», los demás perecieron en el desierto. Fue necesario que una nueva generación, nacida fuera del cautiverio, hija de la libertad y no contaminada con los vicios de sus padres, entrase en la tierra de la promesa para construir allí una nueva nación obediente a Dios y fiel a los propósitos de la alianza.

Nuestra experiencia personal y comunitaria también es así. El rey David afirmó: «Yo sé que soy malo de nacimiento; pecador

me concibió mi madre» (Sal 51:5). Somos hijos del pecado y nacemos en un mundo cuyos valores, hábitos y cultura no siempre corresponden al propósito de Dios. Las injusticias sociales, comunes en una sociedad como la nuestra, son fácilmente incorporadas a la dinámica de la vida, donde ella misma ofrece los argumentos capaces de sustentarla y justificarla. En algunos de estos valores reconocemos su naturaleza pecaminosa, en otros no. También construimos nuestros becerros de oro; somos fácilmente atraídos y seducidos por los dioses que habitan en nuestra sociedad.

Confesión no es solamente la declaración de aquello que hacemos o dejamos de hacer, sino la confrontación con nuestra propia naturaleza, con los vicios que fueron incorporados a nuestro carácter. Cuando tratamos con el pecado únicamente en la perspectiva de lo que hacemos o dejamos de hacer, no somos confrontados con nuestro carácter sino apenas con ciertas actitudes. Por tanto, el pecado no es solamente un acto, un desliz o un resbalón, sino lo que somos. Somos pecadores, miserablemente pecadores. Ésta es nuestra naturaleza y es ella la que debe ser confrontada en el acto de la confesión.

En el tratamiento pastoral del pecado, se debe evitar concentrar la atención sólo en el acto y sus multiformes manifestaciones, los cuales, aunque importantes y necesarios en la confesión, no constituyen el hecho más importante del pecado, que es la deformación del carácter humano.

Entonces los actos del hombre se tornan tanto más graves cuanto más profundamente afectan a la persona y la alejan de la dirección de vida para la cual Dios la llama.<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> Pastoral da Penitencia – *Documentos da CNBB* – 6, Paulinas, San Pablo,

El tratamiento adecuado del pecado debe ayudar al pecador a no contentarse únicamente con el hecho de que ahora odia las vergonzosas acciones mundanas practicadas, sino a ir un poco más allá y encontrar las motivaciones más secretas y reconocer que éste es el estado de su alma y de su corazón. **No sólo cometemos pecados, somos pecadores**

El término bíblico más utilizado para definir el pecado es *hamartía*, frecuentemente usado en singular, especialmente en las cartas paulinas. Tiene el sentido de estado o naturaleza de donde nacen las transgresiones. «Es casi un poder personal que actúa en el hombre y a través de él.»<sup>3</sup> «¡Soy un pobre miserable! ¿Quién me librerá de este cuerpo mortal?» (Ro 7:24). Para el apóstol Pablo, la lucha interior entre sus intenciones cristianas y la verdad sobre su vida y ministerio apuntaban a esta realidad de que no siempre lo deseado era lo alcanzado, en virtud de otra naturaleza que le impedía hacer todo cuanto su corazón quería. La lucha del apóstol no era contra un hecho aislado o una caída moral, sino contra una fuerza interior, un poder que insistía en mantenerlo alejado de los propósitos y caminos de Dios. Se trata de una naturaleza que necesita ser transformada diariamente. La naturaleza del pecado, que nos hace enemigos de Dios, es la causa natural y lógica de los actos pecaminosos. El mal que practicamos no es simplemente un error moral, sino la ruptura de la alianza que Dios hizo con nosotros. Y al vivir alejados de esta alianza, nos encontramos alejados también de la libertad a la cual Dios nos llamó.

Al describir las «obras de la carne», en su Carta a los Gálatas, el apóstol Pablo ofrece una lista en la que demuestra que el pecado no es, simplemente, actos, pensamientos o palabras, sino una postura ante Dios y el mundo. Cuando consideramos la lista —«inmoralidad sexual, impureza y libertinaje; idolatría y brujería; odio, discordia, celos, arrebatos de ira, rivalidades, disensiones, sectarismos y envidia; borracheras, orgías, y otras cosas parecidas» (Gá 5:19, 20)—,

---

<sup>3</sup> Colin Brown, *O novo dicionario internacional de teología do Novo Testamento*, Vida Nova, San Pablo, 1983, Vol. III, p. 488.

vemos que no se trata de cosas que, sencillamente, hacemos o pensamos, sino de realidades que constituyen parte de nuestra vida, de una manera u otra, algunas más intensas y otras menos, pero que describen nuestro carácter y nuestra realidad más íntima.

Dificilmente encontremos en la iglesia o en nuestras reuniones de oración a alguien confesando que es envidioso o celoso, idólatra, impuro o glotón. No, nosotros no somos así. A lo sumo, cometemos algún desliz, comemos más de la cuenta, nos retra-emos por algún fracaso afectivo o, sencillamente, tenemos algún pensamiento impuro, pero no nos consideramos glotones, envidiosos o impuros. Sin embargo, el apóstol está diciendo que la glotonería no es solamente un descuido que sucede en las fiestas de fin de año, sino que es un vicio de nuestro carácter. De la misma manera, la envidia no es sólo la codicia que sentí cuando mi colega de trabajo recibió el ascenso que yo esperaba que sería mío, o la tristeza que percibo en mi ser íntimo al encon-trarme con el éxito de otro. Tampoco la impureza o inmoralidad es mi franqueza por asistir a una película pornográfica u hojear una revista erótica. Ésta es mi naturaleza, la realidad de mi vida. Soy glotón, envidioso, inmoral. Confesar solamente mis desacier-tos más evidentes jamás transformará mi carácter, pero confesar lo que soy me coloca en el camino de la transformación.

El apóstol Pablo, escribiendo a los corintios, afirma lo siguiente: «Ahora bien, el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad. Así, todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados a su semejanza con más y más gloria por la acción del Señor, que es el Espíritu» (2Co 3:17-18). La libertad que el Espíritu del Señor promueve en la vida del converso es la libertad que le permite sacarse los velos y

las máscaras, en la seguridad de que el Señor no sólo nos conoce, sino que también nos ama y nos acepta. Al tener el rostro descubierto y contemplar la faz del Señor, experimentamos la transformación. Un verda-dero avivamiento no sucede sin que haya primero una profunda conciencia de quiénes somos ante Dios y el mundo. Es posible tener experiencias con los más diversos dones del Espíritu, o tener acceso al conocimiento teológico y bíblico, sin experi-mentar por eso una verdadera transformación de nuestro carácter. Esto vemos hoy en el escenario evangélico: muchas experiencias espirituales, milagros, elaboraciones teológicas, avi-vamientos y muy poca o ninguna transformación en el carácter. La confesión es desenmascarar nuestra falsedad y caminar hacia la transformación.

## **Confesión: un camino hacia la verdad y la luz**

El arrepentimiento trae consigo el poder de desenmascarar el pecado y nos conduce a la tarea de denunciarlo. Confesión es el acto de juzgar la mentira y las tinieblas, y hace del pecador un hijo de la luz y del día (1Ts 5:5). La confesión también nos libera de nuestro egoísmo y autoglorificación para participar en la gloria de Jesucristo.

Convertirse significa ser liberado de la mentira y del espíritu del mundo, falso y engañoso, y ser conducido a la verdad, a aquel que trae la luz y la verdad: Jesús. Este largo camino de permanente confrontación entra la luz y las tinieblas, entre la verdad y la mentira, se expresa de modo más claro en la confesión. Para que entendamos mejor este proceso, debemos examinar las expresiones con las cuales el apóstol Juan describe a Jesús en su Evangelio.

## El pecado es una mentira

La primera palabra que utiliza el apóstol Juan para describir a Jesús es *verdad*. «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Jn 14:6). En efecto, Jesús es mensajero de la verdad: «Y el verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros... lleno de gracia y de verdad» (Jn 1:14). Su Espíritu es «el Espíritu de verdad, a quien el mundo no puede aceptar porque no lo ve ni lo conoce. Pero ustedes sí lo conocen, porque vive con ustedes y estará en ustedes» (Jn 14:17). Por lógica, entonces, Juan define el pecado como mentira. Andar en la verdad y hacer la verdad (1Jn 1:6) están en contraste con andar en la mentira y practicarla (Ap 22:15).

Jesús es la verdad y vino para traer la verdad. Su adversario, el diablo, es el «padre de la mentira» (Jn 8:44). Cuando él habla mentiras habla de aquello que le es propio. Todo engaño y falsedad le pertenecen. Siempre que una mentira nos engaña y seduce, nos hacemos presas de su engaño.

Todos nosotros somos mentirosos, en el sentido de que todos somos pecadores. Al admitir la realidad de que somos mentiro-sos, el pecado encuentra su expresión más fuerte y dramática en la vida humana. Muchos cristianos, por fuerza de nuestra educación doctrinal, admitimos nuestra naturaleza pecaminosa, pero no siempre admitimos que somos mentirosos. Sin embargo, el pecado es el abandono de la verdad, que es Dios, en favor de la falsedad. El pecado nos amolda al espíritu de este mundo, nos hace esclavos de las ilusiones y fantasías que él crea. El apóstol Pablo afirma que cuando el ser humano rechaza el amor que viene de la verdad y la propuesta del mismo, Dios lo abandona al espíritu de la falsedad, que opera con todo el poder, las señales y los prodigios de la mentira (2Ts 2:9-12). Todo aquel que falla en la práctica de la verdad

del amor se transforma en un esclavo de la mentira.

La verdad a la cual las Escrituras se refieren no es únicamente la verdad sistemática, confesional, sino toda la verdad. «Y conocerán la verdad, y la verdad los hará libres» (Jn 8:32). Puesto que trata del pecado, el texto se refiere a esa verdad que revela nuestro carácter, nuestros secretos más ocultos, nuestras fantasías y máscaras. Cargamos heridas y recuerdos que exigen el uso de máscaras y fantasías que nos protejan. Es necesario representar y buscar formas compensatorias ante las privaciones que sufrimos en la vida, principalmente ante aquellas que guardamos desde nuestra infancia. La necesidad compulsiva de consumo, la búsqueda de poder y control, la vanidad, el narcisismo, el individualismo y el activismo son algunas de las muchas formas de colocar máscaras sobre la realidad de nuestra vida. Hasta el ministerio pastoral ha sido, para muchos de nosotros, una excelente máscara que esconde nuestra verdadera faz. En este sentido, el mundo religioso no siempre contribuye a desenmascarar la falsedad. La exhortación al «buen testimonio» es, casi siempre, una llamada a guardar lo estético, y no la verdad. No obstante, el verdadero testimonio cristiano es fruto de la práctica de la verdad, cuyas obras son expuestas a la luz, porque nacen de Dios (Jn 3:21). La Biblia no sólo habla sobre la verdad sino que también habla la verdad. Ella no esconde, bajo el pretexto de preservar el «buen testimonio», la verdad sobre sus personajes y héroes. Las debilidades y los pecados de Abraham, Moisés, David, Pablo, Pedro y muchos otros están expuestos allí sin ninguna censura, y hasta los momentos de tentación y angustia por los cuales pasó nuestro Señor Jesucristo fueron registrados. El verdadero testimonio bíblico es el triunfo de la verdad sobre la mentira.

## El pecado es oscuridad

La oposición de términos verdad-mentira y luz-tinieblas se encuentra en permanente confrontación en toda la Escritura. El apóstol Pablo describe nuestra conversión como la acción del Dios que «nos libró del dominio de la oscuridad y nos trasladó al reino de su amado Hijo» (Col 1:13). Todo pecado es un acto de solidaridad con el reino de las tinieblas. Jesús es la luz verdadera que ilumina a todo ser humano, y en él no hay tiniebla alguna (Jn 1:4).

Si, por un lado, Juan describe el pecado como mentira, por el otro lado, lo presenta como «tinieblas» y «oscuridad», y toda su manifestación no es simplemente la acción mala como hecho aislado sino un estado pecaminoso. En ese mismo estado se encuentra el mundo hostil hacia Dios y su Palabra. Las tinieblas y la oscuridad son poderes que, como la mentira, esconden la verdad. Cuando las Escrituras hablan de vivir en las tinieblas, no están refiriéndose únicamente a los impíos e incrédulos que viven lejos de Dios y de su luz, sino también a muchos cristianos que insisten en mantener oscuros los cuartos del alma. Las tinieblas que envuelven nuestro pasado, que encubren nuestras heridas y memorias, comprometen nuestras relaciones y nuestra salud emocional y espiritual. Jesús dijo: «El que camina en las tinieblas no sabe a dónde va» (Jn 12:35), es decir, no consigue discernir sus caminos y opciones. Todo aquel que se esconde en la oscuridad de su mundo interior se torna esclavo del miedo y de las limitaciones impuestas por su inseguridad. Por eso no consigue discernir los caminos de Dios. De este modo, sus opciones serán siempre una respuesta al miedo y a la inseguridad, y no a la luz y a la verdad.

Estas afirmaciones bíblicas y muchas otras muestran claramente que las tinieblas son también una realidad para muchos que un día recibieron la luz de Cristo. Sabemos que Cristo nos

rescató del imperio de las tinieblas y nos trajo las buenas nuevas de que ya no estamos más en la oscuridad de la ignorancia y de la condenación eterna, sino que fuimos hechos hijos de la luz e hijos del día. No hay contradicción entre estas afirmaciones. So-mos pecadores aun cuando el Padre nos ha recibido y aceptado, y nos ha perdonado nuestros pecados. Somos justificados por la fe en Cristo, pero somos pecadores. Y «si afirmamos que no hemos pecado, lo hacemos pasar por mentiroso y su palabra no está en nosotros» (Jn 1:10). Todavía somos mentirosos y tenemos una fuerte tendencia a escondernos en las sombras de nuestro pecado. La confesión es el acto de lanzar luz sobre nuestro corazón, de buscar la verdad sobre nosotros mismos ante Dios, de vernos con los ojos santos y tiernos del Padre, de impedir que las tinieblas determinen el rumbo de nuestra vida. «Pues todo el que hace lo malo aborrece la luz, y no se acerca a ella por temor a que sus obras queden al descubierto» (Jn 3:20). Estas palabras de Jesús no se aplican sólo a los pecados que se cometen en secreto. En un sentido más profundo, se aplican también a aquellos pecados que se cometen en público:

El que esconde sus pecados de los demás por vergüenza va a notar que es más fácil soportar la acusación de la mirada de Jesucristo; mucho más fácil de lo que sería para alguien que ha hecho el mal en la presencia de todos, con el conocimiento de todos y que tiene la arrogancia de presentar su pecado como una acción moderna sobre la cual él asume completa responsabilidad.<sup>4</sup>

Cuando escondemos el pecado de nosotros mismos y de los demás, nos tornamos cínicos con Dios. Soportamos su mirada

---

<sup>4</sup> B. Häring, *Pastoral Treatment of Sin*, Desclee, Nueva York, 1968, p. 153.

con el mismo cinismo con que soportamos nuestra convivencia con la mentira. Uno de los efectos devastadores de las tinieblas sobre la vida humana es que crea relaciones en las que el cinis-mo y la falsedad se vuelven posibles. Un joven que desea seducir a una muchacha no dice: «¡Déjame cometer un pecado conti-go!», sino que habla de amor, de cariño, y busca mostrar que su propuesta no pasa de ser una expresión de su pasión. De igual manera, el cónyuge que desea traicionar a su compañero o compañera busca disimular el pecado de tal forma que el mismo sea menos pesado. Habla de las carencias afectivas, de su crisis conyugal o de su debilidad frente a la tentación. El evasor de impuestos habla de protegerse de leyes injustas; el explotador defiende la ley del mercado para justificar su ganancia; el pastor habla de celo religioso o doctrinal para defender su intolerancia; y el ejecutivo convoca a reuniones y compromisos «imposterga-bles» para evitar la convivencia con su familia. Preferimos escon-der nuestros pecados bajo el manto de nuestras disculpas antes que confrontar la verdad de nuestro carácter. Así se defiende el aborto, alegando la dificultad de cuidar hijos no deseados; así también se defiende la violencia, alegando la protección del patrimonio; así también los políticos evangélicos defendieron el cambio de votos por canales de radio y televisión, mientras decían «necesitar estos recursos para predicar el evangelio». ¿No es todo esto prueba de que vivimos en tinieblas, de que escon-demos la verdad, manipulamos nuestra propia conciencia y rechazamos la mirada de Cristo? En efecto, aquellos que se engañan respecto a su propio pecado resisten cínicamente la mirada de Jesús.

Por otro lado, cuando Dios derrama su luz sobre nosotros y expone toda nuestra vergüenza, termina por exponer también la vergüenza de muchos otros. La luz que ilumina nuestras tinieblas también ilumina las tinieblas de los demás. En cierta

ocasión, participando de un encuentro de oración con algunos pastores amigos, uno de mis colegas abrió su corazón para que Dios trajese luz sobre quién era él realmente. Al confesar sus pecados, limitaciones y vulnerabilidad, sin darse cuenta, estaba iluminando la vida de los demás. Nos sentimos como él. Sus pecados y debilidades eran también los nuestros. La luz tiene este poder: revela no sólo nuestra oscuridad sino también la de muchos otros.

Todo pecado tiene una tendencia natural a llevar al pecador a una alienación de su propia conciencia, a una ceguera del espíritu y del corazón, a una oscuridad espiritual. Las tinieblas individuales encuentran en las tinieblas del mundo un fuerte y poderoso aliado, que actúa como agente del engaño y de la mentira. Como ejemplo, podría citar la llamada «teología de la prosperidad», construida sobre el fundamento de la doctrina de la retribución: Dios bendice al justo con bienes materiales y condena al impío con la miseria y la pobreza. Esta teología niega la gratuidad de la gracia de Dios y el significado de la cruz, y nos conduce a una relación utilitaria e interesada con Dios. Se trata de una teología propia de una sociedad capitalista, que explica la riqueza y la pobreza siempre por la ley de «causa y efecto». Así funciona el mercado, dicen ellos. Y con esta postura, el mercado, las estructuras inicuas de la sociedad y la injusticia se transforman fácilmente en los aliados que necesitamos para justificar nuestro pecado. «Y no es de extrañar, ya que Satanás mismo se disfraza de ángel de luz. Por eso no es de sorprenderse que sus servidores se disfracen de servidores de la justicia. Su fin corresponderá con lo que merecen sus acciones» (2Co 11:14-15). Este proceso alienante, que engece nuestro espíritu y nuestro corazón, es fruto del engaño y de la falsedad. Este es el papel que al diablo más le gusta protagonizar: presentar la mentira como verdad, las

tinieblas como luz y la injusticia como justicia.

### Vivir en la luz

Quando un pecador reconoce ante Dios, la iglesia y el prójimo que anduvo en tinieblas y amó más la mentira que la verdad, demuestra que la luz y la verdad, en definitiva, triunfan sobre la mentira y las tinieblas. Esta victoria se confirma en el acto de la confesión. La confesión, como afirmamos anteriormente, es desenmascarar la falsedad y exaltar la verdad, que es Dios.

El esfuerzo por hacer que la confesión sea sincera y verdadera llevará al pecador a un profundo conocimiento de sí mismo. Cierta vez, Francisco de Asís oró así: «Oro por mi santa humildad, la habilidad de verme y aceptarme a mí mismo como soy.»<sup>5</sup> Una confesión honesta construirá un muro contra cualquier forma de hipocresía e ilusión. Muchas veces somos tentados a esconder nuestras deficiencias, evitando exponerlas públicamente, con el propósito de salvaguardar nuestra imagen y preservar nuestro testimonio cristiano. Sin embargo, al intentar hacer esto, nos exponemos, conciente o inconscientemente, al peligro de encubrir la verdad sobre nosotros mismos con la máscara del engaño. Una confesión regular de nuestras faltas nos ayudaría a evitar este peligro.

La virtud bíblica y cristiana más recomendada para realizar los actos del arrepentimiento y de la confesión es la humildad. Humildad, en la cita de Francisco de Asís, es la virtud que nos capacita para vernos y aceptarnos a nosotros mismos como somos, y ver y aceptar el mundo y la majestad de Dios tales como son. Cualquier desvío o distorsión en uno de estos

---

<sup>5</sup> Joseph M. Stoutzenberger, *Praying with Francis of Assisi*, Saint Mary's Press, Winona, 1989, p. 77.

aspectos de la vida compromete todos los demás. Si no acepto la verdad respecto a mí, fabrico una visión falsa e ilusoria del mundo y de Dios. A través de nuestro encuentro con Dios, el amor de Dios nos ilumina, y comenzamos a vernos tales como somos y a ver el mundo como realmente es. La virtud de la humildad sólo es posible por la gracia de Dios, que es luz y verdad. Nuestras relaciones con el mundo y con la iglesia se deforman cuando no somos capaces de aceptar la realidad tal como es. Muchos cristianos se van de sus iglesias por diversos motivos que, si fuesen honestos consigo mismos, podrían reconocer en sus propios corazones. Fácilmente rechazamos en los demás aquello que no nos gusta de nosotros mismos. Aquellos moralistas cuyo juicio y condenación del prójimo es más intolerante e implacable tienen, generalmente, alguna tara o desvío moral inconfesable. Sin embargo, como no nos gusta confrontarnos con nuestro pecado, nos confrontamos con el del prójimo. Nuestras iglesias están repletas de *experts* de la vida ajena, pero son pocos los que conocen su propia vida. Es muy común encontrar «profecías» sobre la vida de los demás, pero son pocos los profetas que observan y conocen su propio corazón.

La experiencia de peregrinación hacia la tierra prometida que vivió el pueblo hebreo contribuyó a iluminar esta realidad. Entre las exhortaciones de Moisés al pueblo, cuando lo preparaba para entrar en la tierra, encontramos la siguiente: «Recuerda que durante cuarenta años el Señor tu Dios te llevó por todo el camino del desierto, y te humilló y te puso a prueba para conocer lo que había en tu corazón y ver si cumplirías o no sus mandamientos» (Dt 8:2). La experiencia del desierto tuvo este carácter pedagógico de traer a la luz aquello que estaba escondido. Toda la incredulidad, la maldad, la idolatría y la fal-

sedad de los israelitas se hizo evidente ante sus propios ojos. La jornada de los cuarenta años en el desierto tuvo el poder de humillarlos, probarlos y hacer públicos y conocidos los secretos de sus corazones.

Humildad es la gracia y el coraje de decirnos a nosotros mis-mos quiénes somos; de mirar el mundo y aceptarlo como es; de contemplar a Dios en su majestad y gloria y aceptarlo como es; de enfrentar a la iglesia y aceptar el hecho que allí hay una comunidad de pecadores que, al igual que nosotros, necesita de la gracia de Dios. Aceptar la realidad como es no significa estar de acuerdo y adaptarse. Sólo podremos experimentar una trans-formación verdadera y real cuando seamos humildes delante de Dios y su gloria.

La tendencia más común entre las personas, y particularmente entre cristianos, es creer que esconder la falsedad es una necesidad de la sobrevivencia social y eclesiástica. Al exponerme, corro el riesgo de revelar todas mis flaquezas y limitaciones; me hago una persona vulnerable ante aquellos que podrían usar mis debilidades contra mí. En efecto, la confesión y la vida en la luz tienen sus riesgos; exponen nuestra finitud y humanidad, y nos hacen vulnerables. No obstante, también hacen de nosotros seres más humanos y más libres, y nos conducen a relaciones más auténticas y afectivas. Todo aquel que encubre la verdad y vive en la ilusión, se vuelve incapaz de amar. Buscará siempre el poder y el control, pero nunca el amor.

Andar en la luz no significa, simplemente, hacer aquello que considero moralmente correcto y cristiano. Significa encontrar la verdadera humildad en la verdad relativa a quién soy. «Los santos no son seres celestiales, distantes de nosotros, separados de nuestra realidad. Los santos están hechos de

carne y hueso, pero, a diferencia de nosotros, son hombres verdaderos. La humanidad es la primera experiencia feliz que tenemos al acercarnos a los hombres de Dios.»<sup>6</sup>

## La experiencia de la confesión

A lo largo de la historia de la iglesia, y en contextos distintos, se encuentran diferentes formas de confesión. Ya fueran personales, comunitarias o litúrgicas, todas han contribuido de una u otra manera a la edificación de la iglesia. Por otro lado, en el mundo moderno hay un proceso lento y gradual de eliminación de la confesión comunitaria y litúrgica, que la circunscribe apenas al ámbito personal y privado. La liturgia, en el culto de la mayoría de las iglesias evangélicas, ha sido comprometida por el individualismo antropocéntrico y por una fuerte tendencia narcisista. La preocupación por lo estético (la forma es más importante que el contenido) y el sentirse bien (la centralización del ser humano y sus emociones) han sustituido sistemáticamente elementos litúrgicos como la confesión y aun la lectura de la Palabra de Dios. Todo esto compromete el lugar que la confesión tiene en el culto.

---

<sup>6</sup> Pedro Paulo di Bernardino, *Sao Joao da cruz – Doutor do tudo ou nada*, Paulinas, San Pablo, 1992, p. 12.

En gran parte de las iglesias y encuentros en que he participado, observo que la «alabanza» está sustituyendo estos elementos en el culto. Es muy común encontrar, en muchas iglesias, un período de una hora o más de música, sin ningún momento dedicado a la confesión pública o privada. No deberíamos tener una liturgia que sólo apunte a las cosas positivas: acciones de gracias, testimonios de victorias y cánticos triunfalistas. Algunos salmos no comienzan con expresiones de gratitud o de victoria, sino con lamentaciones y confesión. La alabanza y la gratitud muchas veces sólo aparecen después de haber presentado toda la verdad, en confesión, ante Dios. «Gratitud y confesión son como la espiración e inspiración en la respiración. Pertenecen el uno al otro».<sup>7</sup> Ambos lados de la moneda son absolutamente imprescindibles en el acto del culto. Por medio de la confesión, me conozco a mí mismo, y a través de la gratitud y la alabanza, conozco a Dios y su amor. Lo uno sin lo otro promueve el egoísmo, la indiferencia y el individualismo. Blaise Pascal, físico y matemático francés del siglo 17, percibió claramente este riesgo en sus *Pensamientos*: «El conocimiento de Dios sin el de la miseria propia produce el orgullo. El conocimiento de su miseria sin el de Dios produce la desesperación.»<sup>8</sup> El culto cristiano se preocupa por ambos aspectos del corazón humano: autenticidad y adoración. Sólo alcanzamos la autenticidad cuando permitimos que el amor del Dios que sabe quiénes somos resida en nosotros. La tiranía del individualismo, que genera una conciencia alienada, promueve desvíos tanto en el conocimiento de Dios y de nosotros mismos

---

<sup>7</sup> R. Paul Stevens, *Disciplines of Hungry Heart – Christian Living Seven Days a Week*, Harold Shaw Publishers, Wheaton, 1993, p. 131.

<sup>8</sup> Blaise Pascal, *Pensamientos*, Altaya, Barcelona, 1993, p. 74.

como en la forma de la confesión.

## Los desvíos de la confesión

### Generalización

Ya hemos mencionado el problema de ocuparnos únicamente de actos, pensamientos y palabras, y presentar la confesión como una lista de lo que hacemos o dejamos de hacer, reduciéndola a una simple declaración de *mea culpa*. El otro lado de esta misma moneda es la confesión genérica, aquella que no dice nada en la suposición de haberlo dicho todo, al estilo: «Perdona la multitud de nuestras faltas». Ambos extremos se caracterizan por su impersonalidad. No revelan nuestro carácter y, consecuentemente, no promueven la transformación. Cuando somos genéricos e impersonales en el acto de la confesión, corremos el riesgo de hacer de la misma sólo un acto legal de indulto. Queremos ser indultados de la culpa, pero no ser transformados en nuestro carácter. El pecado, como ya vimos, tiene que ver con quiénes somos, con nuestro carácter. Por tanto, la confesión es el acto del desenmascarar este estado de deformación respecto a los propósitos del Creador. Cualquier postura impersonal en el acto de la confesión distorsiona su naturaleza y nuestra comprensión de la gracia de Dios.

### Transferencia

Un fenómeno más reciente, que compromete la confesión personal o comunitaria, es la identificación de los pecados con sus demonios correspondientes. Tenemos el demonio de la pereza, el del sueño, el de la discordia, el de la miseria, el de la prostitución, y así sucesivamente. Se sustituye la

responsabilidad personal respecto al pecado por el demonio correspondiente. De esta manera, se erradica del ser humano la necesidad de la confesión, la cual es reemplazada por la cómoda y sencilla tarea de «amarrar»<sup>9</sup> a los supuestos responsables de las deformaciones de nuestro carácter. En verdad, se repite una vez más la historia del Edén, donde la responsabilidad personal por el pecado de la desobediencia se transfirió a la serpiente, que había sido creada por Dios, y a la mujer, en un simple intercambio de acusaciones entre las partes involucradas. Sin embargo, en ningún momento se asume personalmente la desobediencia como una trasgresión que afecta la santidad de Dios y deforma nuestro carácter.

La impersonalidad en el acto de la confesión —ya sea por la generalización, al punto de no reconocernos a nosotros mismos en la confesión, ya sea por la transferencia de nuestra responsabilidad personal por el pecado a otro— nos impide disfrutar tanto de la gracia del perdón como de la reconciliación. Los puritanos, movimiento de renovación de la iglesia del siglo 17, fue tal vez el movimiento que más contribuyó a la comprensión de la guerra espiritual. William Gurnall escribió aproximadamente mil cuatro-cientas páginas sobre el asunto, y en ningún momento lo vemos transfiriendo la culpa del pecado a nadie. Aunque sea una acción propia del diablo, los puritanos siempre trataron la mentira que involucra el pecado como una acto personal cuya responsabilidad debe atribuirse totalmente al ser humano. Somos indisciplinables. Sólo la gracia de Dios puede transformar nuestro carácter.

---

<sup>9</sup> Expresión utilizada en la llamada «guerra espiritual» para referirse a una acción que supuestamente anula los efectos de la actividad maligna en la vida del cristiano.

## Las formas de la confesión

Veamos ahora algunas formas de confesión que han sido usadas por la iglesia cristiana y que perdieron impacto debido a su uso sistemático y mecánico. Es importante mirar de nuevo estos modelos y rescatar su valor y pertinencia para nuestros días.

### Auricular

En la tradición católica encontramos, entre otros, el modelo de la confesión auricular que se hace en el confesionario. Todo católico devoto y practicante visita el confesionario, por lo menos una vez por semana, para presentar ante el sacerdote sus pecados, desde los más graves hasta los más simples. Hay muchas críticas entre los protestantes hacia este modelo, algunas pertinentes, otras no. No es nuestro propósito aquí centrarnos en esta polémica, sino reflexionar sobre esta práctica y sacar de este modelo lecciones que puedan ayudarnos en el acto de la confesión.

Primero, la práctica de la confesión auricular es bíblica y fue recomendada por Santiago, quien dijo: «Confíesense unos a otros sus pecados, y oren unos por otros, para que sean sanados» (Stg 5:16). El texto bíblico no especifica a quién se debe hacer la confesión. Dice solamente «unos a otros», lo cual significa que todo hermano en Cristo puede ser un confesor. El texto demuestra la importancia que tiene este acto como un poderoso instrumento de cura: «para que seáis sanados». Abrir nuestro corazón y nuestra alma a un oído amigo y perdonador es, sin lugar a dudas, una experiencia que nos llevará a un encuentro con la gracia de Dios y con nosotros mismos. Al exponer los motivos de sus *Confesiones*, San Agustín afirma:

Me descubriré de buena gana, sabedor de que no es pequeño fruto, Señor y Dios mío, el que son muchos los que te dan gracias por mí y te piden por mí. Que los que son verdaderamente mis hermanos amen en mí lo que enseñas se debe amar y se duelan en mí de lo que mandas se deben doler. Esto es lo que yo deseo que sientan en sus corazones los que son de verdad hermanos míos. [...] Sí, que lo hagan mis hermanos, porque, cuando aprueban algo en mí, se gozan de mi bien, y, cuando reprueban algo en mí, se entristecen por mí. En cualquier caso, me aprueben o me recriminen, siempre me quieren bien.

A estos he de manifestarme, para que respiren en mis bienes y suspiren en mis males. Mis bienes son tus obras y tus dones. Mis males mis pecados y tus juicios. Que respiren en aquéllos y suspiren en éstos. Que de los corazones de mis hermanos, como de incensarios tuyos, suban a ti los himnos de acción de gracias y los llantos. Y que tú, Señor, com-placido con el aroma de tu santo templo, *te compadezcas de mí, según tu gran misericordia*, por amor de tu nombre.<sup>10</sup>

La confesión auricular nos vuelve más conscientes de nosotros mismos, nos libra de la hipocresía, de la falsa imagen, y determina nuestra finitud. El propósito de Agustín en sus confesiones, además de darse a conocer a sus amigos, era proponerles una relación más verdadera: alegrarse con lo que Dios estaba haciendo y entristecerse con el pecado. Agustín espera que su acto de confesión pueda hacer sus relaciones personales mucho más humanas.

Otro aspecto de la tradición católica que involucra la confesión auricular hecha en el confesionario es el voto de silencio que asume el sacerdote respecto a lo que le fue dicho. Un

---

<sup>10</sup> Agustín, *op. cit.*, pp. 262-263.

ejemplo de la importancia de este voto fue presentado dramáticamente en *La tortura del silencio*, una película del cineasta Alfred Hitchcock. Allí se cuenta la historia de un cura que oye en el confesionario la confesión de un crimen, un asesinato, y que, por sus relaciones con la víctima, pasa a ser el principal sospechoso. Por la fuerza del voto, permanece en silencio, sufriendo acusaciones injustas y corriendo el riesgo de perder su sacerdocio. Para quien se confiesa es de gran valor tener la garantía de que aquello que lleva a los oídos del sacerdote, sea quien fuere, será mantenido en absoluto secreto. El miedo de que el pecado confesado sea sometido a un examen por el consistorio de la iglesia, para tomar las medidas exactas, o de que sirva de ilustración para el próximo sermón, ha llevado a la mayoría de los cristianos a perder la confianza en sus sacerdotes. Luego, dicha confianza es transferida a los psicólogos o a los amigos, quienes muchas veces se muestran más confiables y confidentes que los pastores o hermanos de la iglesia. El silencio por parte de quien oye una confesión es sagrado.

Después de oír las confesiones, el sacerdote exige a quién se confiesa algunas tareas espirituales. No hay ninguna duda en cuanto al hecho que únicamente Dios puede perdonar pecados y que su gracia es suficiente para hacerlo. Estos ejercicios espirituales no son fórmulas mágicas, o algún refuerzo expiatorio, sino prácticas espirituales y devocionales que harán una gran contribución a la transformación de nuestro carácter. Una vez recibidos de Dios el perdón y la absolución, es importante para el que se confiesa ser orientado en la práctica de ejercicios espirituales que lo ayudarán a liberarse de los vicios que el pecado crea. Estos ejercicios no son expiatorios sino didácticos. No remueven la culpa sino que nos colocan en el camino de la transformación del carácter y

testifican acerca de nuestro deseo sincero de arrepentimiento y contrición. Es bueno recordar que no estamos lidiando sólo con «pequeños errores» sino con lo que somos, con nuestra naturaleza, con los vicios que nos dominan. Sabemos que en relación con los vicios más comunes de nuestra sociedad, como el alcoholismo o el uso de las drogas, cualquier tratamiento serio exige un período de desintoxicación, liberación y reintegración a la sociedad. Sería una ingenuidad pensar que otros vicios como la maledicencia, la glotonería o la inmoralidad no necesitan de un tratamiento semejante. La práctica de la oración y del ayuno, un programa de revisión de vida y la orientación de un director espiritual respecto a la práctica de algunos ejercicios devocionales son indispensables para aquellos que quieren tratar al pecado con la seriedad que le corresponde.

Es necesario enfatizar que la confesión hecha a alguien que nos oye atentamente y nos acepta y perdona no trae automáticamente el perdón divino, toda vez que la ofensa del pecado es siempre contra Dios. La centralidad de la cruz en el acto de la confesión es fundamental. Es en el encuentro con el amor y la misericordia de Dios que nos sentimos, en efecto, perdonados y libres, pues sólo él nos conoce realmente y sabe de los secretos que ni siquiera nosotros conocemos. Es imprescindible que aquel que oye una confesión conduzca al confesante a la cruz. La cruz desenmascara toda falsedad humana.

### **Personal y privada**

En la tradición protestante eliminamos el rito de la confesión auricular, para no conferir por ella el poder de la absolución al sacerdote. Aunque este argumento sea correcto, no invalida la necesidad de los protestantes de rescatar y también crear

medios para hacer posible la confesión auricular, pues se trata de una recomendación bíblica. Falta en el mundo evangélico esta opción fundamental para el crecimiento y la transformación espiritual de cada cristiano. Este estado de soledad que los creyentes viven respecto a sus crisis personales e íntimas ha provocado una enorme alienación en las relaciones humanas y espirituales. Esta soledad, aliada al legalismo de las exigencias farisaicas de nues-tras iglesias, produce una profunda deformación en el carácter humano. Necesitamos rescatar el espacio confesional en la tradi-ción evangélica.

Puesto que únicamente Dios puede absolvernos, y que todos somos sacerdotes, la práctica evangélica más común ha sido la confesión privada y personal hecha ante Dios en secreto. En su reacción contra la práctica de las indulgencias, Lutero demuestra la importancia del arrepentimiento sincero y personal ante Dios. En las «noventa y cinco tesis» afirma que la penitencia no es un acto mecánico o mágico sino una actitud interior que refleja una vida arrepentida. Para él, la confesión privada era un medio de gracia. Exhortaba a las personas a que se confesaran regular-mente, confiando en las promesas de que Dios perdona a los pecadores, para que estuvieran seguras del perdón que Dios concede. Sin embargo, él sabía que nuestra fe es, frecuente-mente, débil, y reconocía la ventaja de tener a un hermano o hermana para poder confesarnos y oír de ellos las palabras de perdón de parte de Dios.

Calvino, de manera semejante, reconocía que la confesión secreta y personal dirigida a Dios, aliada a la disciplina eclesiás-tica y a la confesión hecha a un hermano, como forma de brin-darse mutua consolación, es un acto de reconciliación. También consideraba que la confesión ante un hermano a quien hemos ofendido es una práctica bíblica recomendada. Vale destacar aquí que los dos grandes nombres de la Reforma

protestante reconocen que la práctica de la confesión es de valor fundamental para el desarrollo de la fe y del conocimiento de la gracia de Dios. Al mismo tiempo, ambos reconocen que esta práctica no puede ser totalmente privada, pues necesitamos construir bases de amistad para exponer los secretos de nuestro corazón y buscar en la fraternidad cristiana los fundamentos de una comunión verdadera.

La confesión personal y secreta siempre corre el riesgo de nacer de un corazón corrupto y engañoso. La Biblia define así a nuestro corazón: «engañoso y desesperadamente corrupto». ¿Cómo puedo presentar secretamente mi confesión ante Dios, si siempre estoy buscando engañarme a mí mismo? ¿Cómo puedo estar seguro de que aquello que presento como confesión corresponde exactamente al estado de mi alma? La confesión secreta y personal trae estos riesgos, pues el único árbitro de mi alma es mi propio corazón, que es engañoso y corrupto. El ejercicio de la humildad, como virtud que me permite aceptarme a mí mismo como soy, y aceptar al mundo y la majestad de Dios como son, me va a socorrer en el acto de la confesión, para que ésta sea el fruto de la sinceridad de mi alma ante Dios. Por esta dificultad, precisamente, la Biblia, Lutero, Calvino y muchos otros cristianos en la historia de la iglesia enfatizaron que la presencia de un hermano o una hermana, o aun del sacerdote, es fundamental para que el acto de la confesión sea una expresión sincera de aquello que realmente somos.

### **Confesión pública**

Para algunas iglesias protestantes, la práctica pública de la confesión se ha mantenido como elemento litúrgico dentro de sus más diversas tradiciones. Generalmente, el dirigente, como representante del pueblo, presenta los pecados en la forma de

una confesión pública, seguida de una declaración de la gracia o de una oración de indulto. Esta práctica es más frecuente como preparación para participar en la Cena del Señor. En la liturgia reformada, las oraciones de confesión son declaraciones de la condición pecadora del ser humano y su necesidad de perdón. Sin embargo, la práctica más frecuente en las iglesias evangélicas es la confesión secreta y personal. Algunos añaden la disciplina pública como forma de punición y corrección del pecador. Sólo unas pocas iglesias mantienen la confesión litúrgica y pública.

La confesión pública contribuye a que la iglesia como comunidad tenga una conciencia más clara sobre cuál es su identidad realmente: una comunidad de pecadores que busca reconciliación con Dios y con el prójimo. La no aceptación de este hecho ha llevado a muchos cristianos a la migración eclesial, en busca de una iglesia no tan pecadora como aquella de la cual salieron. Por otro lado, hay pastores y líderes que procuran crear súper-iglesias con programas y liturgias que nos hacen sentir mucho mejor de lo que realmente somos. La cultura del éxito, propia del fin de este siglo, que evalúa el desempeño de una empresa o de un profesional por las conquistas que alcanza, tiene su fiel representante en el mundo religioso. El éxito religioso siempre está junto al crecimiento numérico de las iglesias, al desempeño del líder que vende una imagen de persona dinámica y realizada, al movimiento financiero que demuestra la aprobación de este modelo de éxito. En esta búsqueda de éxito y de poder, somos constantemente engañados respecto a nosotros mismos. El pecado es siempre un asunto que toca a los demás. Difícilmente vemos a un líder reconocer su debilidad. Después de que David cometió adulterio con Betsabé y asesinó a su esposo, el profeta Natán se encontró con él. Antes de

confrontarlo con su pecado, le contó la siguiente historia:

Dos hombres vivían en un pueblo. El uno era rico, y el otro pobre. El rico tenía muchísimas ovejas y vacas; en cambio, el pobre no tenía más que una sola ovejita que él mismo había comprado y criado. La ovejita creció con él y con sus hijos: comía de su plato, bebía de su vaso y dormía en su regazo. Era para ese hombre como su propia hija. Pero sucedió que un viajero llegó de visita a casa del hombre rico, y como éste no quería matar ninguna de sus propias ovejas o vacas para darle de comer al huésped, le quitó al hombre pobre su única ovejita (2S 12:1-4).

Al oír esta historia, el rey David quedó profundamente indignado, lleno de consternación y airado contra el hombre que cometiera tamaña injusticia. Así, determinó que el tal debía restituir la ovejita por cuadruplicado y morir. Cuando David concluyó su sentencia, el profeta Natán le dijo: «¡Tú eres ese hombre!» El hombre poderoso de la historia, que había usado su poder para matar y explotar a su prójimo, era el retrato del mismísimo rey. A través de esta historia el profeta nos muestra que nuestro corazón es engañoso, que es sencillo condenar a los demás por los mismos pecados que practicamos. La confesión pública nos ayuda a recordar siempre que somos pecadores, que la iglesia también es pecadora y que todos necesitamos de la gracia de Dios. La confesión pública también nos ayuda a reconocer que el pecado por el cual acusamos a la iglesia es también el nuestro, ya que nosotros somos la iglesia. Cuando acusamos a la iglesia como si se tratara de alguien ajeno a nosotros, nos engañamos a nosotros mismos.

Otro riesgo siempre presente en la confrontación de la iglesia y del cristiano con el pecado es buscar proteger a la institución, sus valores y su moralidad, y no la transformación del ser humano. La confesión no es un fin en sí mismo, y no existe para proteger a la institución eclesiástica, ni al testimonio

cristiano. Existe como un medio de transformación de nuestro carácter, deformado por el vicio causado por el pecado. En el acto de la confesión, tanto la iglesia como el individuo presentan aquello que son y no sólo actos aislados de la debilidad humana. Al reaccionar contra el pecador para defender los valores institucionales, estamos en verdad rechazando a la persona con todo lo que es, robándole, quién sabe, la última esperanza que le queda para encontrarse con Dios. Por eso muchos encuentran serias dificultades para confesarse, porque «si yo le digo quién soy, puede ser que a usted no le guste quién soy, y eso es todo lo que tengo».<sup>11</sup> Además, en una disputa entre la verdad sobre quién soy y el poder institucional, con seguridad me tocará lo peor. Prefiero proteger mi hipocresía. La confesión existe para transformar tanto al ser humano como a la institución.

## Los frutos de la confesión

### El poder del débil

Cuando Jesús entra en la historia, inaugurando el Reino de Dios, hay un aspecto en su discurso que llama nuestra atención: se trata de la inversión de los valores predominantes en las estructuras sociales de su tiempo y, por qué no decirlo, también en las actuales. Jesús, por ejemplo, afirma que en su Reino «los últimos serán primeros, y los primeros, últimos» (Mt 20:16); o «el que quiera ser el primero deberá ser esclavo de los demás» (Mt 20:27), refiriéndose al grado de importancia en el Reino. En el Sermón del Monte, Jesús presenta al pobre, al manso, al perseguido por causa de la justicia o al que llora como aquellos que heredarán el Reino de Dios, la tierra y el

---

<sup>11</sup> John Powell, *Por que tenho medo de lhe dizer quem sou?*, Editora Crescer, San Pablo, 5a. ed., 1989, p. 20.

consuelo en los cielos. Todo el Sermón del Monte representa una inversión del orden establecido. El Reino de Dios propone una estructura completa-mente invertida en la cual el último es el primero y el manso es el vencedor.

El apóstol Pablo comprendió este principio y lo aplicó a otra dimensión de la vida. En su Segunda Carta a los Corintios, afirma que aunque podía contar las ventajas de las experiencias que había vivido, optaba por hablar de sus debilidades: «gustosamen-te haré más bien alarde de mis debilidades, para que permanezca sobre mí el poder de Cristo» (2Co 12:9). Hablar de la gloria de sus experiencias y conquistas no hubiera sido un gesto falso. Él no habría estado mintiendo ni inventando nada nuevo. Sus ex-periencias eran verdaderas y legítimas, y él tenía todo el derecho de compartirlas sin ninguna censura. Sin embargo, su opción fue gloriarse en sus debilidades: «Por eso me regocijo en debilidades, insultos, privaciones, persecuciones y dificultades que sufro por Cristo» (2Co 12:10). Tenemos aquí una inversión de los valores que predominan en el mundo en que vivimos.

La sociedad secular y los sistemas que la misma promueve valoran al fuerte y abren espacios para los vencedores y los exi-tosos. No hay en ellos lugar para los débiles, para aquellos que comparten sus fracasos, sus limitaciones y sus pecados. En la iglesia, las cosas no han sido diferentes. Buscamos líderes fuertes, exitosos, dinámicos y osados, que no exponen sus debilidades y sus pecados. Nos enorgullecemos y gloriamos en la fuerza de los conquistadores, y rechazamos todo aquello que nos acerque a la debilidad. Invariablemente, los testimonios de los cristianos que escuchamos en las iglesias, en programas de televisión, y en encuentros y congresos corroboran las conquistas. Se trata exac-tamente de aquello de lo que Pablo optó por no hablar. No critico aquí el hecho de compartir lo que hemos experimentado como consecuencia de nuestra fe en

Cristo Jesús, sino que doy un alerta al hecho de que no hemos descubierto aquello que Pablo descubrió como canal de fuerza y gracia.

La razón por la que Pablo decidió no gloriarse en sus experiencias sino en sus debilidades fue poder experimentar el poder de la gracia de Dios. Su tesis es que el «poder se perfecciona en la debilidad». Se trata de otro contraste que el Reino de Dios crea y que confronta el orden establecido. En el Reino de Dios, el fuerte no es aquel que acumuló un número incontable de historias y experiencias para relatar, que lleva en su currículum una lista enorme de títulos y realizaciones, sino aquel que descubrió sus flaquezas y se volvió, por esto, dependiente de Dios y de su gracia. Por eso Pablo afirma «me regocijo en las debilidades», no porque se considerara un masoquista, sino porque a través de ellas experimentaba lo que hay de precioso en la fe cristiana: la gracia de Dios. Para que su corazón no abrigara el orgullo y la soberbia propios de las extraordinarias revelaciones que había recibido, él afirma que le fue puesta una espina en la carne, un mensajero de Satanás, para abofetearlo a fin de que no se exaltara. Oró varias veces para que Dios lo removiese, pero la respuesta fue: «Te basta con mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad» (2Co 12:9). Solamente delante de las debilidades constatamos la eficiencia de la gracia de Dios. Sólo ella basta para realizarnos.

La confesión nos ayuda a rescatar el lugar de nuestras debilidades. A través de la confesión, recuperamos nuestra humanidad y la posibilidad de ayudar a los demás. En su libro *The Wounded Healer* (El herido que cura), Henri Nouwen habla de la importancia de conocer nuestras propias heridas para ser capaces de ayudar a los demás en la cura de sus propias heridas:

La comunidad cristiana es, por tanto, una comunidad de cura, no porque las heridas sean sanadas y los dolores aliviados sino porque las heridas y los dolores se transforman en ocasiones y oportunidades para una nueva visión. Por tanto, la confesión mutua se convierte en una profundización mutua de la esperanza, y el compartir las debilidades, en un recuerdo de la fuerza que está por venir.<sup>12</sup>

---

<sup>12</sup> Henri Nouwen, *The Wounded Healer*, Image Books, Doubleday, 1972, p. 94.

Compartir los dolores, las heridas, el pecado y las debilidades, más allá de hacernos más humanos, nos habilita para experimentar el poder y la gracia de Dios, los cuales nos hacen capaces de socorrer a nuestros hermanos y hermanas. «La comunidad nace cuando compartimos nuestros dolores, no como un proceso sofocante de autoconmiseración, sino como un reconocimiento de las promesas salvadoras de Dios».<sup>13</sup> Sólo a través de la confesión puede la iglesia experimentar la gloria de la debilidad y el poder de la gracia de Dios.

### Confesión y libertad

El acto de confesión es un encuentro con la libertad. El apóstol Pablo afirma: «Ahora bien, el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad. Así, todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados a su semejanza con más y más gloria por la acción del Señor, que es el Espíritu» (2Co 3:17-18). La presencia del Espíritu en nuestra vida como cristianos es una presencia liberadora, no para que hagamos lo que queremos, sino para que seamos lo que somos. Muchos cristianos se sienten tentados a interpretar este texto como una luz verde para hacer aquello que juzgan ser una acción del Espíritu. Podemos encontrar otros textos bíblicos para justificar los actos en el Espíritu, pero éste en particular se refiere a la libertad que la presencia del Espíritu Santo concede al creyente para que sea lo que realmente es. Tiene más que ver con nuestros actos delante de Dios y del mundo. El contexto deja en claro este hecho al hablar sobre el contraste entra la antigua y la nueva alianza. Mientras que en la antigua alianza Moisés necesitó cubrir su rostro con un velo

---

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 94.

para que los hijos de Israel no prestaran atención al brillo que se disipaba, en la nueva alianza dicho velo ya no es más necesario, pues al convertirnos el Espíritu de Dios remueve los velos que cubren la fragilidad de nuestra finitud y nos expone ante la verdad de su amor.

La presencia del Espíritu nos conduce a la confesión. Cuando nos convertimos, experimentamos el amor del Padre y somos adoptados en la familia de Dios (Ro 8:12-17; Gá 4:4-7). Esta es, sin lugar a dudas, una de las mayores manifestaciones de la gracia de Dios: «¡Fíjense qué gran amor nos ha dado el Padre, que se nos llame hijos de Dios! ¡Y lo somos! El mundo no nos conoce, precisamente porque no lo conoció a él» (1Jn 3:1). Al ser llamados «hijos de Dios», somos aceptados por él, y esta aceptación es una invitación a la apertura completa, a que saquemos todos los velos que maquillan nuestro rostro y desfiguran nuestra personalidad. Dios nos acepta y nos conoce exactamente como somos. No podemos escondernos de él. Por más que logremos engañarnos a nosotros mismos y a nuestros amigos, jamás podremos engañar a Dios. Este encuentro con su amor es también un encuentro con nosotros mismos. Su presencia trae la luz y la verdad, la misericordia y la bondad. Decir que conozco a Dios y permanecer desconocido para mí mismo es una ilusión. Decir que conozco a Dios y mantener las máscaras de la hipocresía y del engaño es otra gran ilusión. Conocer a Dios implica también conocernos a nosotros mismos. Mirar a Dios es mirar también en el espejo de nuestra alma.

El encuentro con Dios es siempre un acto de confesión, y de este acto nace nuestra libertad. El apóstol Pablo no define la libertad como posibilidad de hacer lo que nos parezca mejor, sino como posibilidad de ser lo que realmente somos. La libertad de la presencia del Espíritu no es para que hagamos

cualquier cosa en su nombre —mucho menos para que el Espíritu haga lo que quiera, libertad que él siempre tuvo— sino para que seamos aquello que él sabe que somos, pero que nos negamos aceptar. Me parece interesante la forma en que Jacques Ellul describe el juicio final en su comentario del Apocalipsis. Según este autor, en ese juicio Dios no necesitará decir nada, ni siquiera mostrar cual-quier cosa sobre nuestro pasado y nuestras acciones buenas o malas. Sencillamente estará allí con toda la verdad, la luz, la pureza y la majestad que su presencia irradia; y nosotros, al ser colocados ante su presencia, nos juzgaremos a nosotros mismos. Allí nos veremos como realmente somos. Todos nuestros secretos quedarán expuestos delante de nosotros, toda la maldad, la envidia, la codicia y el orgullo. Entonces veremos que, verdaderamente, sólo su gracia puede salvarnos. «El juicio no es nunca jurídico sino revelador; no es la expresión del terror servil de los hombres, sino de su comprensión de la realidad divina.»<sup>14</sup> La confesión es la anticipación que diariamente realizamos de aquel día grande y terrible. Es el momento en que nos desnudamos delante de la grandeza del Altísimo y clamamos por su perdón y misericordia. Y una vez expuestos ante él, recibidos en su amor y gracia, podemos aproximarnos a él y a los demás en amor, sin máscaras ni velos, libres para amar y servir.

---

<sup>14</sup> Jacques Ellul, *Apocalipse – Arquitectura em movimento*, Ediciones Paulinas, San Pablo, p. 194.

Este acto de mostrarnos tal como somos ante Dios y ante los demás exige mucho coraje y humildad. «La confesión ante el hermano es la humillación más profunda; duele, humilla, abate la soberbia con fuerza terrible.»<sup>15</sup> Vivimos en un mundo com-petitivo, donde el más fuerte siempre lleva la delantera. La búsqueda de aceptación exige de nosotros la representación de papeles y el uso de máscaras y fantasías, como describe el compositor Chico Buarque: «Quien jugaba de princesa se acostumbró a la fantasía.» Laicos y ministros se acostumbraron con sus fantasías. Aprendimos a representar bien nuestros papeles, a desempeñar con éxito nuestras profesiones. Lo que importa es cómo los demás nos miran y cómo nos reciben en sus casas y en sus grupos. Cuando conseguimos penetrar en esas fortalezas, representando los papeles que cada una exige, nos hacemos cautivos de ellas. Nuestra fantasía, que antes era sólo una ropa de festival, se transforma en una armadura cerrada, como en la novela *El hombre de la máscara de hierro*, de Alejandro Dumas. Muchos ministros y laicos ya no consiguen verse a sí mismos sin las máscaras de sus profesiones y éxitos. Dejaron de ser huma-nos, perdieron su libertad. Ser cristiano es ser libre en el sentido de que el cristianismo nos libera de nuestra falsedad y de las falsas exigencias que el mundo crea. La experiencia del hijo pródigo nos proporciona algunas pistas importantes. La libertad que él encontró no estaba en el pedido que le hizo al padre de la parte que le tocaba de la herencia, para hacer lo que bien le pareciese: «Papá, dame». Por el contrario, la libertad estaba en el pedido que le hizo al padre de que hiciese aquello que él mismo no podía hacer consigo mismo: «Papá, trátame». Mientras hizo

---

<sup>15</sup> Dietrich Bonhoeffer, *Vida en comunidad*, La Aurora, Buenos Aires, 1966, p. 115.

aquello que quiso, se vio esclavo de su propia codicia. Cuando se confesó y se sometió al padre, encontró la libertad en el amor y la aceptación.

Finalmente, ser libre es temer únicamente a Dios. Mientras lle-ve conmigo la desconfianza y el miedo de que no seré aceptado ni amado cuando descubran quién soy realmente, demuestro que aún no descubrí el significado real del amor de Dios. La desconfianza y el miedo me llevan a temer a los demás, a vivir bajo su tiranía, a representar aquello que ellos determinan. Es como si el mundo fuese un gran teatro cuyos directores son personas, instituciones o aun el éxito. Si no representamos lo que está en el libreto, no seremos parte del espectáculo. En esa obra sólo sobrevive el que tiene el control, el poder, y por eso prefe-rimos optar por el control y el poder, y no por el amor y la bondad. Ama quien teme únicamente a Dios. El temor a Dios es el principio de la libertad.

### **Confesión y comunión**

Llegamos ahora a la propuesta central de este análisis. Lo que queremos demostrar es que sin la confesión no hay comunión ni verdadera amistad. La comunión cristiana no está en aquello que hacemos en común, sino en lo que somos, de la misma manera que nuestra identidad no se establece por lo que hacemos, sino por lo que somos en relación con los demás. El apóstol Juan nos dice: «Pero si vivimos en luz, así como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de su Hijo Jesucristo nos limpia de todo pecado» (1Jn 1:7). Comunión es el camino que construimos juntos cuando andamos en la luz, cuando no alber-gamos más las tinieblas ni la mentira, cuando el amor triunfa sobre el miedo y la soledad. Andar en la luz y en la verdad es asumir nuestra naturaleza pecaminosa. Nuestra comunión es con los pecadores como

nosotros. Sólo en esta condición seremos capaces de oír con compasión y confesar con sinceridad. Dietrich Bonhoeffer describe de forma brillante esta verdad cuando afirma:

En la confesión se abre la brecha hacia la comunidad. El pecado anhela estar a solas con el hombre. Lo sustrae a la comunidad. Cuanto más solo está el hombre, tanto más devastador se hace el poder que el pecado ejerce sobre él; tanto más honda su opresión, tanto más desesperada la soledad. El pecado quiere mantenerse en el anonimato. Rehuye la luz.<sup>16</sup>

El mayor problema en la comunión entre cristianos está en la percepción precaria de nuestro pecado. Somos excesivamente autocomplacientes cuando se trata de juzgar nuestras motivaciones e intenciones, pero somos intolerantes y prejuiciosos cuando se trata de juzgar las acciones de los demás. Miramos con mucha facilidad hacia fuera, pero nos resistimos a mirar dentro de nosotros. «Al efectuar la confesión de los pecados frente a frente con el hermano cristiano, se entrega el último reducto de la auto-justificación».<sup>17</sup> Es muy común que tengamos revelaciones sobre los pecados y las fallas de los demás, pero no permitimos que Dios hable sobre nuestro propio pecado y fracaso. La comunión en la iglesia cristiana hoy sucede sólo cuando se da entre «santos», entre aquellos que consiguen esconder sus fragilidades y emociones, y niegan su humanidad y limitación. No obstante, cuando surge un pecador que reconoce su pecado, que no se avergüenza de decir quién es realmente, y que expone sus emociones y debilidades con honestidad, la vergüenza es general. En

---

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 113.

<sup>17</sup> *Ibid.*, pp. 113-114.

verdad, no recuerdo en todos mis años de vida cristiana haber encontrado a alguien así.

Consideramos que la comunión cristiana se da cuando tenemos algunas cosas en común. Si tenemos una fe común, un Dios común y una misma esperanza, es obvio que tenemos comunión. Por un lado, esto es verdad, principalmente porque el Dios que tenemos en común es luz y verdad, y fuera de él no hay comunión alguna. Sin embargo, cuando nos relacionamos sólo cognitiva o funcionalmente con Dios, la misma comunión se torna impracticable. Si nuestro vínculo espiritual es solamente doctrinal, teológico o emocional y experimental, somos más propicios a la separación que a la comunión. Nuestras divisiones casi siempre son de naturaleza teológica o emocional, e involucran nuestras experiencias y percepciones diferentes. Sí, tenemos un Dios común, pero lo vemos y lo experimentamos de manera diferente. Entonces, ¿qué debemos hacer para encontrar un camino de comunión y amistad? La respuesta es la confesión. Se trata de reconocer que somos pecadores, que solamente la gracia de Dios hace de nosotros lo que somos, que no tenemos el conocimiento de toda la verdad y que no podemos penetrar en todos los misterios que envuelven la vida y lo sagrado, que por detrás de nuestro celo doctrinal y de nuestras experiencias espirituales escondemos, muchas veces, nuestra incapacidad de amar y un incontrolable deseo de poder. En la confesión sabemos quiénes somos realmente, y lo que somos no es la suma de nuestras experiencias y conocimientos sino la verdad que se esconde detrás de las máscaras y las fantasías de nuestras ilusiones.

Cuando reconocemos y admitimos nuestro pecado, nos presentamos exactamente como somos ante Dios y su infinito amor, y rompemos con el miedo de exponernos ante los demás, somos libres para amar y servir. Esto es comunión.

Generalmente, nues-tro miedo a amar a los demás se da porque nos rehusamos a exponernos. Tenemos miedo de nosotros mismos. La confesión ante Dios y los seres humanos es el rompimiento de este miedo, que se da ante el hecho de que fuimos aceptos y recibidos por el Padre, quien nos conoce y nos ama. Delante de él nos confesamos, desvelamos nuestro rostro, contemplamos sin ningún ma-quillaje su gloria y experimentamos la transformación verdadera y real. No somos transformados por el conocimiento, sino por la confesión. La libertad que la confesión promueve a través del conocimiento de nosotros mismos, de Dios y de los demás abre el camino hacia el servicio. Cuando lavó los pies de sus discípulos, Jesús dijo: «Ustedes me llaman Maestro y Señor, y dicen bien, porque lo soy» (Jn 13:13). Por el hecho de saber quién era, de dónde venía y hacia dónde iba, él era capaz de servir con libertad. No necesitaba probarle a nadie quién era o qué tan grande era su poder. A través de la confesión encontramos la seguridad de que somos amados por el Padre, lo cual nos da libertad para lavar los pies de nuestros hermanos y subir al Calvario.

Este libro se terminó de imprimir  
en marzo de 2005 por  
Roberto Grancharoff e hijos  
Tapalqué 5868, Buenos Aires, Argentina  
Te. 54-11-4683-1405  
Tirada: 1500 ejemplares